

Una calle esperpéntica

Una cosa que me apasiona de las calles del centro de Madrid es observar las preciosas cerámicas ilustradas utilizadas como señalética para indicar el nombre. Pero además, siempre me generó muchísima curiosidad conocer el motivo de su denominación. Y es que, detrás de nombres como la calle León, la calle Desengaño o la calle del Pez, hay un porqué, y curiosear su historia es una manera preciosa de conocer un poco más de Madrid.

Ubicada en pleno barrio de las Letras, me resultaba curioso encontrarme con una callejuela peatonal comúnmente conocida como el Callejón del Gato, cuando precisamente existen pocas cosas más castizas que la denominación *gato*. Su nombre real es calle de Álvarez Gato, en honor al poeta Juan Álvarez Gato, pero es interesante recalcar que el apelativo *gato* surgió durante la conquista de la ciudad, cuando un soldado escaló con agilidad felina la muralla árabe. ¡Menos mal que de todos los animales trepadores se quedaron con el gato!

Personalmente, me encanta caminar por este pequeño pasaje peatonal que representa muy bien la esencia del barrio de las Letras: ambientazo e historia a partes iguales. Comencemos por la historia, y es que fue en esta calle donde Valle-Inclán encontró la inspiración para crear el subgénero literario del esperpento. Para explicar esta historia, antes tengo que contarte que por aquella época una ferretería de la calle decidió poner dos espejos de cuerpo entero en su fachada para atraer a la clientela. Estos espejos tenían una particularidad: uno era cóncavo y otro convexo, creando divertidos reflejos. No sé si realmente ayudó a mejorar sus ventas, pero lo que sí ocurrió es que el propio Valle-Inclán encontró la chispa

al ver la deformación de su figura y su ingenio acabó convirtiéndose en *Luces de bohemia*, retratando un Madrid oscuro y marginal.

La ferretería, eso sí, acabó cerrando –quizás los espejos no fueron suficiente– y en algún momento cambiaron el formato de cuerpo entero por otros de menor tamaño. Siguieron siendo testigos de la vidilla del Callejón del Gato hasta 1998, cuando fueron vandalizados y tuvieron que ser sustituidos por unos de plástico, quizás con menos encanto pero más resistencia ante cualquier situación. Actualmente se encuentran situados en la fachada del icónico bar Las Bravas, donde encontrarás también una placa que rinde homenaje al célebre dramaturgo.

Y contada la parte histórica, es ahora cuando te quiero hablar del ambiente. Y es que no solo debemos detenernos en Las Bravas para ver los espejos. Sus patatas bravas aparecen siempre en la lista de *las mejores bravas de Madrid*, con una salsa deliciosa y con la peculiaridad de que está patentada. Compite en fama con otros nombres como Docamar (calle Alcalá, n.º 337) y Los Chicos (calle Guzmán el Bueno, n.º 33, y calle Fuente del Berro, n.º 35). Patatas aparte, en esta calle encontramos otra curiosidad. Se trata del mítico Tablao 1911 –el antiguo Villa Rosa–, considerado el tablao flamenco más antiguo del mundo. Su fachada de azulejos y su historia, marcada por visitas de personalidades como Hemingway y Ava Gardner, lo convierten en un emblema del arte flamenco madrileño. Quizás ir a un tablao es otra de esas cosas que no has tachado en tu lista de lugares a los que ir una vez en la vida. ¿Por qué no probar?

Recorrer el Callejón del Gato es más que pasear; es vivir un Madrid lleno de curiosidades y anécdotas donde arte, cultura, sabor e historia se dan la mano.

UBICACIÓN: C/ de Álvarez Gato.
METRO: Sol.

Un paseo modernista en Ventas

Apocos pasos de la plaza de toros de Las Ventas, en un entorno donde predominan bloques mastodónticos de metros y metros de altura, como las famosas colmenas que tanto hemos visto en películas y videoclips, se esconde un pequeño oasis arquitectónico que parece transportarnos a otro lugar y otra época. Se trata de la colonia histórica de la Guindalera, un conjunto de chalés que representan una de las apuestas más innovadoras del Madrid de finales del siglo XIX y principios del XX.

Esta colonia, concebida en lo que antaño era el extrarradio madrileño de la época, nació del empeño del empresario Santos Pinela y del arquitecto Julián Marín, quien también dejó su huella en la ciudad con la Casa de las Bolas en la calle Goya. La idea era ambiciosa: ofrecer viviendas amplias, de dos pisos con sótano y un pequeño jardín, a precios accesibles para la clase media. Un proyecto que, sin duda, se adelantaba a su tiempo y que, como era de esperar, no estuvo falto de complicaciones.

Las primeras casas de la colonia comenzaron a construirse sin licencia, algo que, dicho sea de paso, no es raro en la historia urbanística de nuestro país. El Partido Conservador paralizó el proyecto cuando ya se habían levantado una decena de viviendas, pero diversos litigios consiguieron desbloquearlo con el tiempo, permitiendo su expansión hasta alcanzar el medio centenar de casas. La colonia se construyó en tres fases: las dos primeras con un marcado estilo neomudéjar y la última con un aire modernista.

Lo que hace especial a esta colonia es su singularidad arquitectónica dentro del paisaje urbanístico habitual de la ciudad. Sus característicos miradores sujetos por columnas de hierro y su diseño modernista



le valieron tanto admiradores como detractores en su momento. En algunas crónicas de la época se llegó a decir que la Guindalera era «el más europeo de los barrios madrileños», algo que no todos vieron con buenos ojos. Con el paso del tiempo muchas de estas casas fueron derribadas para dar paso a bloques de pisos donde se pueden alojar mayor cantidad de familias. Un auténtico drama si tenemos en cuenta el valor patrimonial de estas viviendas.

Pasear hoy por las calles Castelar, Cardenal Belluga y Roma es viajar a otro Madrid, uno que apostó por plantear cosas diferentes y que trató de acercar las influencias arquitectónicas europeas a la capital. La colonia, aunque mermada por el paso del tiempo y la especulación inmobiliaria, sigue conservando ese encanto especial que hace que, aunque solo sea por un momento, uno se imagine viviendo en una de estas casas con jardín y suelos de mosaico hidráulico.

Por curiosidad, intenté buscar alguna de estas viviendas en portales inmobiliarios, pero no encontré ninguna a la venta. Y siendo realistas, aunque lo estuvieran, probablemente su precio solo podría pagarlo con mis ahorros de cien vidas. Pero soñar es gratis, y recorrer La Guindalera es, sin duda, un paseo por la historia de un Madrid que siempre ha sabido mirar hacia el futuro sin perder su esencia.

Colonia histórica de La Guindalera

UBICACIÓN: Calles Castelar, Cardenal Belluga y Roma.

METRO: Ventas.

Un viaje hasta los orígenes de Madrid

Entre la innumerable cantidad de oferta cultural de Madrid, encontramos un peculiar museo que quizás no es muy conocido, pero no por ello deja de ser interesante. Y es que todo el mundo se acuerda del Prado, el Reina Sofía, el Museo de Ciencias o el Arqueológico, si hablamos de museos de Madrid, pero pocos conocen que hay un museo destinado a divulgar cómo evolucionó la capital española desde sus primeras ocupaciones humanas hasta convertirse en la capital de España. Se trata del Museo de los Orígenes de Madrid, también conocido como Museo de San Isidro, un auténtico tesoro donde conocer la historia de Madrid sin aglomeraciones.

Situado en la plaza de San Andrés, en pleno casco histórico, el museo ocupa el solar donde estuvo el antiguo palacio de los Condes de Paredes, una construcción del siglo XVI que fue demolida en 1974 y reconstruida posteriormente. La tradición cuenta que en este lugar vivió san Isidro, patrón de Madrid, cuando trabajaba para sus señores. En su interior, además de un recorrido fascinante por la historia de la ciudad, se conservan elementos relacionados con la vida del santo, como la capilla donde se dice que falleció y cuyos techos merecen ser admirados y el famoso Pozo del Milagro, donde, según la leyenda, salvó a su hijo de morir ahogado al hacer subir las aguas.

El museo propone un viaje en el tiempo, desde los primeros asentamientos en el valle del Manzanares hace 180 000 años hasta la segunda mitad del siglo XVI. La exposición se organiza en diferentes secciones que permiten entender cómo ha ido evolucionando la ciudad a lo largo de los siglos.

